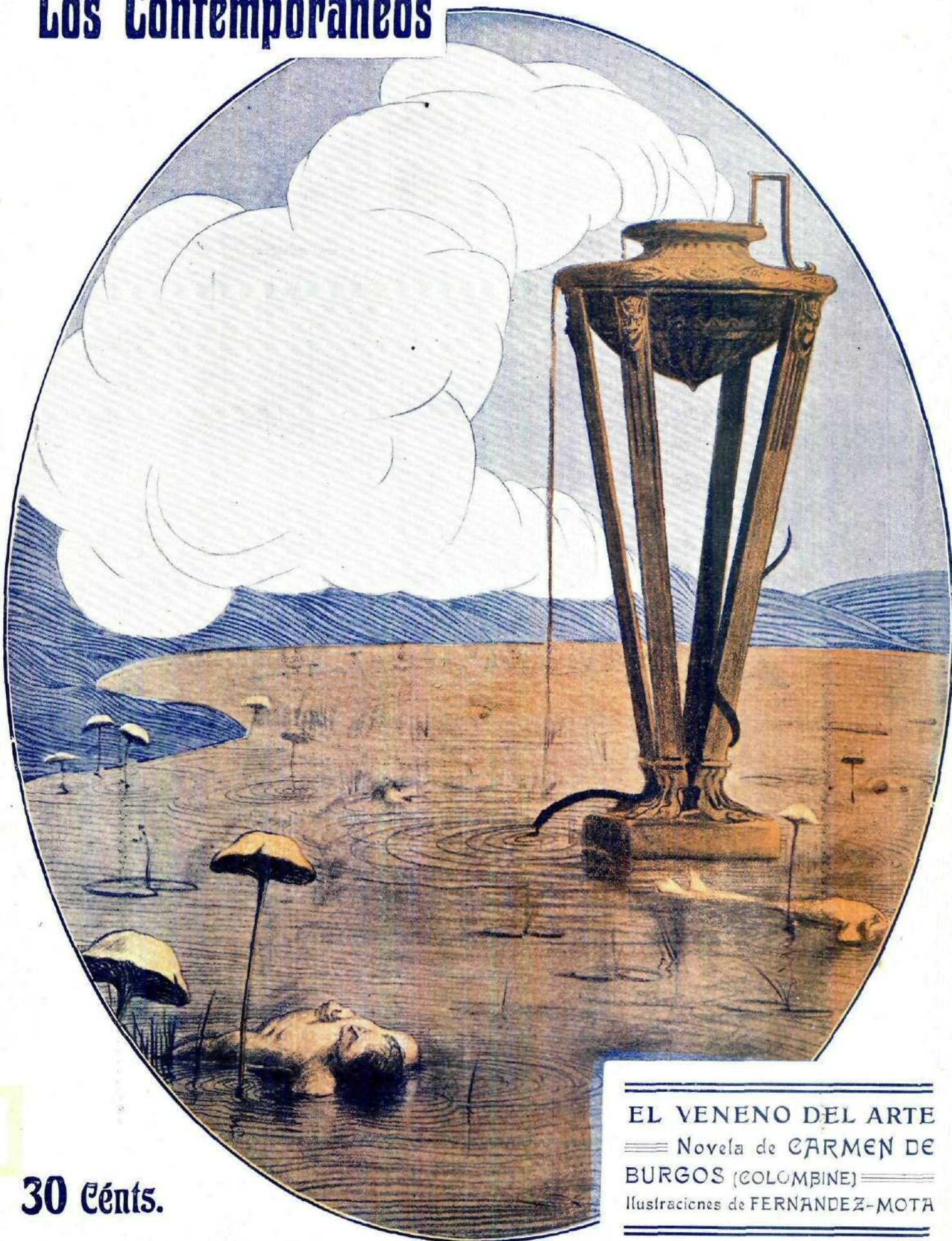


Los Contemporáneos



30 cénts.

EL VENENO DEL ARTE
Novela de CARMEN DE
BURGOS (COLOMBINE)
Ilustraciones de FERNÁNDEZ-MOTA

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

Los Contemporáneos

Se publica los viernes

Oficinas: CAÑOS, 4
Apartado 216

MADRID

Precios de suscripción
Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts.
Semestre 6,50 pesetas. Año 12
Extranjero: Semestre 10 ptas. Año 18
Anuncios: pidase tarifa.
Número suelto: 30 céntimos



En polvo ó forma líquida * Tónico sin rival

Airedeador del Mundo

El semanario más ameno y más instructivo de España

PROFUSION DE GRABADOS

Das novelas encuadernables, siempre de gran interés dramático, en cada número

Artículos de viajes, curiosidades históricas, últimos descubrimientos, inventos, ciencia en forma amena y útil, costumbres, informaciones raras, orígenes de apellidos, averiguador universal, recetas útiles caseras é industriales, problemas, etc.

NÚMERO GRATIS DE MUESTRA

Precios de suscripción:

En España: Pesetas 2,50 trimestre; 5 ptas. semestre y 10 pesetas año.

En el Extranjero: 4 francos trimestre; 8 francos semestre; 16 francos año.

OFICINAS: CAÑOS, 4, MADRID



CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

EL VENENO DEL ARTE



I

El salón-despacho donde se servía el te estaba lleno de gente. Luis de Lara obsequiaba á sus amigos en aquellas habitaciones particulares que su madre le había cedido en el piso bajo del suntuoso palacio. Allí tenía libertad de dar rienda suelta á su espíritu artista y bohemio, recibiendo á los contertulios, que formaban una mezcla abigarrada y pintoresca. La condesa no gustaba, como su hijo, de la sociedad de aquellos literatos y artistas mal vestidos. Su vida había sido siempre rutinaria, ajustada á los moldes de la nobleza de abolengo, intransigente y católica; sin que su catolicismo é intransigencia le impidiese las diversiones que la sociedad permite, ó los pecadillos que no salen del recinto de la alcoba y que el confesor amable absuelve. Desde la muerte de su esposo y el casamiento de su hijo primogénito, su vida se deslizaba tranquila y feliz; sabía administrar sabiamente sus rentas, que le daban para vivir con holgura y sin dispendios, tenía automóvil, abono á un turno del Real y otro del Español. Asistía á todos los saraos y fiestas aristocráticas; los reyes la recibían afablemente en palacio, y durante sus viajes veraniegos copiaba con habilidad modelos de Paquen y Worht, que sostenían su fama de elegante.

El punto negro de su vida era aquel hijo, cuyas numerosas locuras y vida extraviada atribuía á las

malas influencias de las gentes de que se rodeaba. El vizconde era un joven de 25 años, alto, elegante, bien constituido; en el que se juntaban la distinción natural de las familias nobles, y todos los caracteres degenerativos de las viejas estirpes. Su cutis era de un blancor lechoso; los ojos, de la clara transparencia de los albinos, miopes, alucados y saltones, parecían á flor del rostro, protegidos apenas por la escasa pelusa de melocotón de cejas y pestañas; el cabello rubio y lacio caía en mechones sobre una frente de arco elevado y perfecto; pero la nariz enérgica y las facciones regulares quebraban su línea bella é inteligente en la boca carnosa, de gruesos labios, que el volumen de la lengua y el peso de la mandíbula inferior mantenían abiertos y colgantes. Parecía que en aquel ser se daban batalla las influencias fisiológicas y psíquicas más encontradas.

Le había dado por hacer versos y tenía el horrible mal gusto de satirizar acertadamente á las gentes del Gran Mundo, *de su mundo*, aquella sociedad sin la cual no podía vivir la condesa. Suerte que la simpatía de Luis, el prestigio de la familia y su adorable espíritu de artista, hacían que se le perdonasen sus excentricidades y no se le cerraran las puertas de los salones.

El gustaba poco de frecuentarlos, se había hecho otro mundo de literatos, de artistas jóvenes, de bohemios, y acostumbrado á su charloteo de pájaros, á sus derroches de gracia, á sus excentricidades geniales, encontraba estúpidas y sosas



aquellas reuniones deslumbrantes, frívolas, que eran el encanto de su madre. Sabía ridiculizarlas admirablemente con sutil ironía. Todas aquellas grandes damas vivían de continuos chismes, intrigas y odios; de modo que no era raro verlas pelearse y emplear el más escogido vocabulario de plazuela con la misma facilidad que hacían una elegante reverencia de corte. Lo sabía muy bien él que estaba acostumbrado á vivir entre ellas, tratado como inofensivo en su compañerismo femenino. Luis no invitaba á sus tés más que á muy raras personas de la aristocracia; ni á él le agradaban, ni ellas hubieran ido de buen grado á mezclarse con la farándula que el vizconde recibía. Primeramente, cuando iba alguna señora, la condesa había cedido el salón para el té; pero bien pronto prohibió la entrada. Las damas que iban allí no merecían ese honor; se reducían á tal ó cual aristócrata, á la que la buena sociedad había descalificado, ó á algunas escritorzuelas, poetisas y pretenciosas representantes de la clase media, ávidas de trabar conocimiento con las gentes ilustres que suponían encontrar allí.

Alguna vez, el joven hacía subir á los invitados al salón para que admirasen los esplendores de su morada: las telas antiguas, las armas de la familia, los retratos nobiliarios, escudos y blasones que pretendía desdeñar, pero hacia los cuales sentía un amor profundo, con sus asomos de vanidad cuando contemplaba estáticos á sus amigos, ante las magnificencias de sus porcelanas, sus bronces y sus bargueños.

El no era rico; la madre, prudente, le pasaba una pensión que apenas bastaba á sostener sus caprichos de una semana. Eran ocho días de fausto, de locuras, gastando con despreciamiento para hacer buena la frase de "Que siempre vive con grandeza, quien hecho á grandeza está". Las otras tres semanas estaba obligado á no salir de casa, á comer con su madre y acompañarla á todos los innumerables bailes, tertulias y partidas de tresillo que ocupaban la vida de la buena señora.

Gracias que tenía crédito abierto en casa de Tournié, y que aquellos tés quincenales corrían á cuenta de su madre. El vizconde no tenía dinero algunas veces para pagar el tranvía.

En el fondo á él le divertía aquello. Algunos días empenó hasta los zapatos de charol por el gusto de enseñar la papeleta, imitando á sus bohemios amigos, y la condesa, que en más de una ocasión tuvo que desempeñarle las alhajas y renovarle el guardarropa, hubo de amonestarle severamente por sus locuras.

Así, desde hacía algún tiempo se veía á Luis muy alejado de su círculo familiar, y sus caprichos, extravagancias y aventuras dejaban de ser la comidilla de todo aquel mundo que se agitaba en torno suyo buscando popularidad ó influencia.

Aquella noche era el primer te del invierno, y los salones se veían llenos de una compleja

multitud. Se habían reunido allí todos los jovencitos innominados, los provincianos, que llegaban con su caudal de ilusiones, dispuestos á luchar para hacer que se reconociera su genio, oculto por la falta de medios de exteriorizarlo; y hablaban con odio y desprecio de *los viejos* que les cerraban el paso. Parecían inocentes, tímidos, cohibidos en aquella atmósfera aristocrática, pero se animaban cuando se les presentaba ocasión de lucir sus opiniones de arte, *de su arte*, que tenía una sonrisa burlona para Galdós, Sorolla y Benlliure, y un desdén para Velázquez y Cervantes. Aprovechaban la ocasión de asomar cada uno el superhombre que ería llevar dentro y que procuraban revelar en las largas



melenas y en el descuido de los trajes comprados en el Rastro. No tener que comer, dar sablazos á los amigos; vivir la vida fácil de los tugurios con mujerzuelas desvergonzadas, ya era una patente de artista. No se concebía que un hombre fuese bien vestido, comiera todos los días, dedicase horas al estudio, cumpliera sus compromisos y estuviera capacitado para ser genio.

Estaban allí también los luchadores de Madrid, los que se daban cierto aire de superioridad entre los otros, porque ya se veían sus producciones de vez en cuando en los diarios de la Corte; editaban un libro en casa de Pueyo, ó los amigos elogiaban sus primeras tablitas ó el primer trozo de barro modelado. Los pobres andaban buscando los ángulos del salón para ocultar el estado de las americanas raídas y de los zapatos rotos. Entre ellos abundaban los críticos, los censores: Uno hallaba mal de Zola y de Blasco Ibáñez, confesando que no había leído sus obras. Críticos espontáneos juzgaban á todos los grandes maestros con el argumento tan español, *por que sí*, sin conocer principios de Filosofía, de Crítica ó de Historia. Hasta algunos, haciendo gala de su ignorancia, afirmaban que no era necesario haber abierto una gramática ni un diccionario para ser buen literato; y otros emitían juicios sobre Miguel Angel, Donatello ó Leonardo de Vinci, sin conocer sus obras más que por la reproducción de tarjetas postales.

En un ángulo del salón, un jovencito taciturno *patataba* á un círculo de contertulios, con una erudición de enciclopedia barata. Era un genio maldiciente y atrabiliario, que se afeitaba la frente para ser más interesante; un suicida futuro con derecho á ocupar un puesto en el cielo del Arte por haber sufrido hambre y miseria sin querer trabajar, encastillado en su rebeldía de elegido para altos fines. *La Rebelión* era palabra muy socorrida á pesar de su falta de ideales sociales ó humanitarios. Hacían de ella el último baluarte para ocultar su derrota. La pesadilla de todos eran los plagiatos. Los grandes maestros se dedicaban á robarles sus producciones; idea que presentaban les era en seguida arrebatada. Un autor inédito aseguraba que eran suyas todas las obras de Benavente, el cual se inspiró en los manuscritos que le sometiera de manera inexperta.

No lejos del genio, un pintor, de aspecto sucio y descuidado, que vivía cerca del Rastro, proponía á un grupo de jovencuelos, "Hablar mal de los que comen", con la grosería feroz del despecho y de la impotencia propias de un hombre que en 20 años de trabajo no logró dar á conocer sus obras, cuando un tal Pradilla y un tal Zuluaga eran admirados. ¡La pícaro prensa que hace las reputaciones! No se reconocía la fuerza creadora que le animaba, él no copió jamás nada del natural, ni estudió viejos métodos. Nada de dibujo. ¡Todo era obra de su imaginación potente y no se le hacía justicia! Entre los artistas se mezclaban muchos jovencitos dulces, femeninos, soñadores, con los cabellos ensortijados, pintadas ojerías, perfumados y con el cutis lleno de polvos de arroz y de cocream virginal á la glicerina, que tenían siempre una sonrisa complaciente y una mirada humilde para las más absurdas teorías de

los jóvenes genios. Todos llevaban un nombre de guerra. Uno, bello, de labios carnosos, ojos grandes, modales deliciosos y ondulantes formas, respondía al nombre de *La Manon*. Otro, cronista célebre, de gran talento, rostro moreno y aspecto que hubiese sido viril sin la dulzura de una boca de armonioso movimiento femenino, oíase llamar *La Reina de Chipre*. Un joven de ensortijados rizos, respondía al poético nombre de *Hada de Invierno*; otro, alto, acanutado, con nariz de quilla, contestaba al apelativo de *Merlusa*. Todos los demás estaban también bautizados: la *Pelos*, la *Niapa*, hasta el dueño de la casa respondía en aquel mundo al nombre de la *Juanona*.

En medio de ellos veíanse algunas grandes figuras de las artes y de la política, que aceptaban la invitación del vizconde por condescendencia de espíritu y respeto al nombre de su familia. Asistían, entre otros, un pintor ilustre, algunos celebrados autores dramáticos, varios empresarios de teatros, dos actores, un diputado republicano, un senador maurista; un escritor radical, célebre en el periodismo y en el teatro, cuyos dramas sociales, después de conmovir á España, pasaban triunfantes las fronteras, y que sabía burlarse graciosamente de toda aquella farándula; el ministro de una República sudamericana, acompañado de su esposa, vieja cacatúa cubierta de joyas, varios poetas y escritores de América, que ya habían tomado su carta de naturaleza en el viejo solar de Castilla, y un novelista sicilíptico, ansioso de estudiar las raras psicologías de las decadentes para sus novelas, escritas en jerga semi-francesa, y que deslumbraba con el brillo de su levita y el amarillo de sus lustrosos guantes. Mujeres había menos. Las amigas de Luis no podían reunirse todas sin peligro; la marquesa de la Charca y sus hijas eran incompatibles con la ilustre señora de Gris, y no podía ésta tolerar la presencia de los escritorzuelos que frecuentaban el salón del vizconde. ¡Qué mujeres! ¡Tenía que invitarlas por turnos!

Aquel día la marquesa de la Charca había tomado asiento en el diván, y acomodada entre los cojines de seda, ocupábase en despachar una enorme bandeja de pasteles, ensaimadas y galletas. El apetito de la vieja marquesa era proverbial; de espíritu avaro, procuraba ahorrar en la comida lo que derrochaba en caprichos, y sólo se mantenía de las invitaciones hechas por amigos, que cada vez iban escaseando más. Se la veía con sus bracillos cortos, su abultado abdomen, sentada trabajosamente, con el martirio del corsé recto, sobre el borde del diván, mojar ansiosa enormes pedazos de torta en la taza de Sevres, llena de aromático te, y engullir con apresuramiento á dos carrillos, mientras las plamas de la gorrilla se mecían sobre el pelado cráneo, á impulso del movimiento de las mandíbulas. Su cara innoble, ancha, de ojillos grises, resplandecía alegremente con la gula satisfecha.

En un extremo, una de las hijas, fea, alta, lisa, hombruna, fumaba un cigarro de á cuarenta entre un grupo de efebos, que admiraban su masculinidad y reían sus desvergüenzas y atrevimientos como si fuesen chistes ingeniosos. Una caricatura de la duquesa de Alba.

La otra hermana hacía, en otro grupo, las de-



licias del novelista galante y de unos cuantos jovencitos que soñaban perversiones en aquellos ojos profundos y aquella boca sabia, de gracioso reir. Hasta un académico de la Historia, de larga pera blanca, perdió su gravedad para escuchar las oportunas respuestas de la hermosa.

Cerca de la marquesa y de la americana, orgullosa de ostentar la amistad de damas tan importantes, una escritora feminista, vestida de blanco, con lazos azules, ocultaba bajo el espeso velo, que no se levantaba para tomar el té, las arrugas y las pinturas de los sesenta años entre la dulce penumbra de la gasa. Su mimosa infantilidad le había valido el nombre de *Emperatriz de las Cursis*, y arrullaba el oído de la marquesa con los conceptos poéticos de su ampuloso decir:

—Este te es el néctar de los dioses. Soy feliz en esta atmósfera azul; en la vulgaridad me aburro olímpicamente. Dobiéramos tener alas para volar sobre los demás mortales.

Y mientras la marquesa movía las plumas de su gorra y estremecía en risa las blanduras de su vientre craso, resonaba la voz de la hija mayor, que dando un abanicazo al atrevido *Manon*, le decía con ceceo sevillano:

—¡Malaje! ¡Anda la órdiga y qué uñicas tienes!

El novelista, imperturbable, seguía sus especulaciones psicológicas preguntando á la hermana femenina.

—¿Qué perfume usa usted? ¿Se peina usted sola? ¿Sueña usted todas las noches?

La americana hablaba con el dramaturgo haciendo valer la gracia de sus ojos y las curvas

exuberantes de su un tanto ajada belleza. En algunos momentos se distraía de la conversación mirando el fulgor de sus brillantes, al agitar las manos para hacerlos valer de un modo estudiado.

La feminista vino á acercarse á ellos; después de grandes cumplidos al celebrado autor, quiso congratularse con él. ¡Cuánto podía hacer un hombre de su talento por las reivindicaciones del bello sexo! Era preciso presentar tipos de mujeres interesantes, cultas, apartar de ellas la escoba y las cacerolas. Alentada por la sonrisa benévola del escritor, la buena señora se iba animando para repetir un trozo del artículo, que en una forma ú otra venía escribiendo desde su lejana mocedad: Las mujeres lo eran todo, bellas, buenas, sabias, valientes, mucho más que los hombres. Hipatia, Teresa de Jesús, Safo, Helena... Interrumpió el auditor el catálogo tan conocido, atajando la volubilidad con que la buena señora mezclaba nombres y épocas.

—Nunca he dudado que ustedes valen mucho; por mi parte confieso que me gustan más que los hombres. No dirían aquí lo mismo todos.

La escritora sonrió satisfecha, prestandose á continuar:

—Juana de Arco, Agustina de Aragón, Catalina Segurana...

—¡Oh! El valor femenino, volvió á interrumpir el dramaturgo, eso sí que no podemos negarlo... Nos dejan ustedes chiquitos. Lo he dicho siempre... En cuanto sale el marido, la mujer no vacila en hacer entrar al amante en el domicilio conyugal. Nosotros nunca nos atreveremos á tanto.

—¡Malo!—exclamó desconcertada la feminista, sin saber si reírse ó enfadarse.

Por fortuna, la marquesa y la americana decidieron la situación con una carcajada franca, fingiendo un escándalo de buen tono.

—¡Diablo de hombre!

—¡Qué genial!

Acudieron muchas personas á participar de aquel regocijo.

—¿Qué pasa, qué ocurre?—preguntaba curioso *Manon*.

La feminista fué á contar lo sucedido al senador, que algo sordo por evitarlo el esfuerzo de atención, movía la cabeza como si aprobara.

—Qué hombres—decía la dama—siempre la chirigota; quieren á la mujer ignorante, inerte, para dominarla mejor.

—No te sofiques, niñita—dijo acudiendo á su lado el marido con sonrisa complaciente.—Nadie vale lo que tú.

No se dignó ella agradecer la lisonja.

—¡Quita, no me fastidies!—repuso.—¡Que siempre me pasa á mí esto por defender á las mujeres! ¡Necias! ¡Cómo las aborrezco!

—¡Es preciso vivir!—Susurró el resignado,—y ya sabes cómo produce su vanidad.

Un grupo de señoras penetró en aquel momento en el salón, con ruido de tronba, y un ambiente de perfumes baratos dominó en la aristocrática atmósfera, algo corrompida con el vaho de los trajes sucios de los hombres.

Venían tres ó cuatro escritoras de provincias; una viuda carlista, con su librito místico de moral de cocina, dedicado á la condesa madre, á la cual llamaba "Protectora de las Artes" y "Portaestandarte del feminismo", aunque la buena se-

hora no habría más libros que los manuales de belleza. Todas fueron á sentarse en sitio apartado, algo asustadas de aquel ambiente y del lujo que creían descubrir en las telas flotantes de la americana, la marquesa y la escritora, cuando comparaban con sus apretadas falditas, sus abrigos cortos y sus gorrillas con velo de motas, sin pasar de la nariz.

No tardaron en hacer su entrada triunfal los señores de la Llanura y su hija. Venía primero el señor, pequeño, rechoncho, con andar de buey gordo y grave aspecto de hombre importante. Se inclinó ceremoniosamente y fué á ocupar un ángulo apartado, con la mano tendida sobre el pecho, entre la abertura de dos ojales de la levita, y dejó vagar los pequeños ojos inyectados, que se perdían bajo la bóveda de una frente abultada en la gran bola de la cabeza, y el volumen de la nariz ciranésca, coloradota y granujenta como una berengena.

La esposa y la niña se apoderaron de todo el salón; iban de un lado para otro, agitando los brazos, que producían ruido de pulseras de metal, con un desagradable cascabeleo, evocador del causado por los collares de las estirias baratas de Pompeya. Se paraban ante cuadros y retratos, interrumpían conversaciones, hacían apartes con grandes carcajadas, y daban quejas á muchos de los centertullos por su ingratitud de tenerlas olvidadas.

Bien pronto el novelista acudió á su lado para seguir sus estudios del alma femenina.

—Justa, hija, qué pelma—decía la madre, procurando huir de un jovencito melencólico—No sé cómo Luisito recibe esa gente... ¡Qué trajes! ¡Qué zapatos! ¡Qué uñas! Yo, que soy tan sincera, tan franca, tan...—y fué á sentarse lejos del marido respetable para continuar sus sinceridades; mientras aspiraba el olor de ámbar y Chipre mezclados para hacer creer en lo selecto de su perfumería.

—¿Quién es esa señora?—preguntó el pintor ilustre á Luis.

—¿Cuál?

—Aquel Matusalem con pelo de estropajo nuevo, que lleva una carbonería debajo de los ojos.

—¿Ah! Es la señora de la Llanura, esposa de aquel respetable diplomático que ves allí;—y bajando la voz, añadió—en nuestro mundo la conocemos por el nombre de guerra de Magdalena, y de Anita á la hija.

—¿Cuál es la hija?

—La muñequita que tiene al lado; es pequeña, graciosa. Ella dice que se parece á la Maja de Goya.

—No tanto, no tanto; pero tiene unos ojos interesantes, ansiosos... no sería fea si no fuese por la nariz tan empolvada, que recuerda con el tamaño la del marido de su mamá.

—Son unas *deleitantes*. Lo triste es que ahora la madre y la hija son rívalas... las dos aman á... ese actor amigo de la Pino... Lo persiguen con cartas desde Barcelona.

—Sí, sí... de eso he oído algo, ¿pero la madre no está fuera de combate?

—No quiere retirarse...

—Es lástima... Habrá sido hermosa... Pero á

casi todas las mujeres les falta el talento de saber envejecer dignamente.

—A éstas, á fuerza de tratar literatos se les ha vuelto el juicio, se creen superiores, incomprendidas, cultas; querrás creer que un día se enfadaban porque su portera no sabía quién era Virgilio.

—¡Ja, ja, ja!

—Y luego, como están desocupadas, la fantasía vuela, sueñan novelas, se creen heroínas de Trigo, corren aventuras misteriosas... que siempre acaban en el mismo sitio...

Hablando así se acercaron á las dos mujeres. La niña contaba una aventura amorosa de su mamá, para consolarla, con el recuerdo del pasado, de las amarguras del presente.

—Ha sido amada como ninguna mujer,—decía la hija,—fué un artista, un pintor el que le consagró su vida... Se arruinó por ella... murió en el Hospital... Un detalle conmovedor, al entrar en él, con su último dinero, le remitió una caja de bombones...

Suspiró la madre.

—Yo no fui á verlo... Lo maltraté... he sido ingrata—dijo.—Siento los remordimientos (y continuó con voz velada y mirada incierta)... Era un niño cuando se enamoró, vivía enfrente... me vió hacer la *toilette* y perdió la razón... ¡Mi desnudo!... Una pasión loca que le llevó á la muerte... Me falta á mi lado el calor de aquel amor inmenso... insustituible...

—¿Cómo he llorado con el pobre Pedro... Cuando mamá tenía otro capricho...—interrumpió la hija.

—Pero ¿y su papá de usted?—interrogó el novelista.

—Rivalizaban á ver cuál la quería más de los dos...—repuso la joven con seriedad.

—Ríase usted de las pasiones—añadió la madre siguiendo el curso de sus recuerdos—de las novelas... de los amantes célebres... Como á mí me amaba Pedrito no se ha amado á nadie... jamás... ¡Ni Radamés el del *Nuevo Mundo*!

Un señor anciano avanzó al centro de la sala. Se iba á recitar. El peligro de aquellas reuniones. Adelantó una silla, y apoyado en su espalda, empezó la poesía, que sólo escucharon la marquesa, la escritora y los americanos. En los otros grupos reinaba una franca alegría con la fraternidad de los melencólicos y de los efebos.

Las provincianas continuaban inmóviles, sin atreverse á comunicarse impresiones ni á moverse; una de ellas conservaba la taza en la mano, por miedo de ir á dejarla. La viuda carlista recitaba en voz baja á un jovencito una traducción de las *Odas de Horacio* en verso de arte menor y de ningún arte, mientras á su lado suspiraba lánguidamente su hija, una muchachota de dieciséis años, obligada á ir de melenas y con las piernas al aire para no envejecer á mamá.

La señora tenía puños de nobleza, y se apresuraba á repartir tarjetas con un raro escudo y corona; por más que su difunto fué un simple sargento, en cuyo corazón sustituyó á la criada de sus padres.

Aquella noche se sentía molesta. Sostenía sus apariencias de bienestar con la limosna sacada del confesionario, y temía ser reconocida por al-



guna de las tertulias de quien había solicitado socorros; tan pronto acudiendo con boina á los mítines del carlismo, como á Palacio á implorar de doña Cristina una subvención para un colegio católico.

Luis, compadecido de ellas, se ofreció á enseñarles el salón, y las buenas señoras recorrieron embelesadas las estancias, por entre objetos cuyo valor artístico no conocían, admirando los grandes salones y la espléndida del alumbrado.

Fué cuando salieron á la calle, al cruzar á pie entre los carruajes que esperaban á las otras damas, cuando se comunicaron sus impresiones. Una de ellas exclamó satisfecha:

—¡Qué bien se está en la alta sociedad!

Y otra respondió:

—¡Hemos conocido á una marquesa!

—¡Y se sonrió amable al despedirnos!

—¡A mí me dió la mano!—agregó la primera.

—Es preciso escribirselo al tío—dijo la de más edad.

Interrumpió la literata.

—Yo pienso hacerle un artículo en el *Eco de León*.

II

En el silencio de aquella tarde otoñal, sola en el amplio salón, medio tendida en los almohadones de una meridiana, María dejaba vagar los

ojos sobre el panorama que se ofrecía á su vista por las entrecabiertas cristaleras. Era un lienzo de Patiniers. El cielo gris con estrías de nubes plumizas, matizadas con toda la coloración del pizarra y el violeta, se tendía sobre un paisaje triste. Edificios de rojas tejas, agrupados en la gran población que terminaba allí, á sus pies, soberbia con las grandes fábricas, que por aquel lado habían roto el cinturón de miseria de los barrios pobres. La llanura, libre, seguía extendiéndose en brazos de la sombra hasta el pie de la sierra de Guadarrama, cuyos picos recortaban caprichosamente el horizonte.

Todo aquel silencio pesante, aquella paz donde dormía la vida, que parecía agitarse abajo sin llegar hasta ella, oprimía con ardor angustiante el pecho de María, y su alma puesta á tono con el alma del paisaje, parecía también dormida y silente, mientras en su interior se agitaban y se revolvían anhelos, deseos, ensueños; sed de los poros ansiosas de caricia de agua y de besos tibios; hambre de los oídos avidos de melodía; dulzura de los ojos que guardan encerrados en la retina la visión de todos los paisajes y el deslumbramiento de todos los Museos.

El pensamiento inerte no tenía fuerzas para formular una idea: la memoria esbozaba trozos de recuerdos como paisajes de olvidadas melodías, y la imaginación rompía sus fragmentarias creaciones como girones de gasa rosa ó pedazos de una estatua deshecha. De pronto se descorrió la cortina amarilla del salón, y la silueta elegante de un hombre apareció en el dintel de la puerta. María hizo un movimiento de sorpresa. Había dado orden de que no entrase nadie, pero al ver al caballero, una sonrisa complaciente abrió sus carnosos labios rojos, mientras le tendía coqueta la

fin y delicada mano, blanca como una hostia, de líneas puras, místicas, adorantes; una de esas manos que revelan un espíritu que ha sufrido mucho. Luis se apresuró á besar galante la mano que se le ofrecía, y siguiéndolo el gesto perezo de la dueña, se dejó caer en una butaca cerca de la meridiana, donde ella había vuelto á reclinarse.

—¿Se aburre usted, María? Está usted triste. ¿Qué le pasa?—preguntó con un timbre de voz dulce y elegante.

—Nada—repuso ella sacudiendo los rizos rojos de la cabellera, mientras fijaba sobre el joven la mirada de unos ojos de esmeralda semejantes á los de las heroínas de Cervantes.—Nada. Tengo aplanamiento, cansancio, una especie de atavismo que me inclina á buscar el Nirvana, el descanso del no ser, teniendo la certeza de que se existe.

—Es usted una gran romántica, María. Sueña usted los dolores que los demás sentimos—y al decir esto, la voz frívola é insinuante hacia pocos momentos, se impregnó en una pátina de dolor y de lágrimas.

Se caló el monóculo y, echando hacia adelante el cuello, pareció reconcentrar la atención en su compañera, mediante un esfuerzo, mientras su imaginación volaba lejos de allí y sus labios, sin apenas moverse, murmuraron unos versos en cadencioso y monótono ritornello:

“Son sus ojeras moradas
las ruinas de alguna orgía
de íntimo y perverso amor”.

María era el tipo contrario, alta, fuerte, de líneas y curvas poderosas, con los ojos intensamente verdes y el cabello rojo, metálico, de llamaradas de incendio, y la boca fresca, jugosa, invitante é invitadora de besos y mordiscos. Parecía un canto á la vida rimado por la Naturaleza.

Despierta de sus momentos de ensueño, la risa acudió á su boca y la alegre viveza á la mirada.

—Pobre Luis; usted sí que está triste.

—Mucho, y por eso vine á buscarla.

—Cuénteme.

Pero él ya no la oía, otros versos la acariciaban dulcemente.

“.....No te pierdas
en la memoria, espera, sé un recuerdo querido
al que se le pregunta con lágrimas ¿Te acuerdas?”

Le interrumpió ella.

—Vamos, dígame usted. ¿Qué tiene?

—Estoy triste... Muy triste, María. Esta tarde me trae añoranzas de los amigos lejanos que he dejado este año en la estación veraniega... Ya sabe usted que he ido con mi madre á Rusia, Alemania... París. ¡Oh! ¡París!—Y para completar la frase se chupó los labios en un chasquido, mientras los ojos blancos se alzaban en éxtasis hacia la pelusa de las cejas.

—Ha sido un viaje delicioso que deja en pos de sí la amargura de todas las dichas que pasan—continuó él.—No sé á quién se le ha ocurrido hablar de la alegría de los recuerdos!

—No se ponga usted filósofo.

—Primero hemos estado en Cestona... He vivido la vida de los antiguos nobles feudales en

el castillo de una vieja condesa carlista, que guarda sus rancias costumbres señoriales, su pequeña corte y sus prejuicios intolerantes de raza y religión. Sin embargo, no lo he pasado mal. Me seduce la dignidad amable de esas viejas damas, distinguidas, conversadoras, á cuyo lado se encuentra la evocación de la leyenda, de las linajudas y altivas castellanas que hicieron trono de su sitial y mantenían la ya desacreditada respetabilidad de la familia.

...Allí cerca está Loyola. ¡Qué impresión producen el monasterio y los recuerdos de San Ignacio! Se comprende cómo, entre aquellos montes, se forjó á martillazos la soberbia voluntad de hombre tan nefasto...

Calló un momento, y como si el cinematógrafo de su imaginación le presentase una película diferente, continuó:

—En Biárritz lo hemos pasado bien. Estaba animado, se jugaba fuerte... La reina de la moda era una marquesita italiana, pálida y quebradiza, que llevaba trajes flotantes y enormes sombreros. Una figura mística, alargada y pura; de largo cuello y manos transparentes; un cutis blanco de cera en un rostro iluminado por la llama violeta de unos ojos perversos, agrandados en las ojeras, que como un lirio azul se marcaban en su semblante. La boca, de púrpura, parecía un clavel de grana abierto sobre la piedra de una tumba.

Después París, las visitas con mi madre á las perfumerías y á los Institutos de Belleza, para comprar la eterna juventud en célebres secretos, y el recorrido á las casas de los grandes modistos Paquen y Worth.

La visión de trajes espléndidos; tules bordados en turquesas y oro, los lirios heráldicos sobre fondo de perlas... Un cuento ferico... Por eso son hermosas las mujeres con sus horribles curvas, y se llaman el sexo bello, cuando sus líneas no se pueden comparar jamás con la pura corrección de los cueros varoniles.

Diciendo esto estiraba con cierta coquetería el bordado chaleco y la finísima camisa, bajo la que se transparentaba la malla de la camiseta de seda. El pantalón, subido, dejaba al descubierto calado calcetín y el zapato de charol, con hebillas de pedrería. De todas sus ropas emanaba fuerte perfume femenino de *cocotte* elegante, y mientras golpeaba la punta de su zapato con el fino bastón rematado en un puño que figuraba una cabeza de loro, volvió mecánicamente á recitar:

“y algo que es tierra en nuestras almas siente
la humedad del jardín como un halago”.

Después, como si despertara, continuó su relato con el mismo tono de recitado y gran fuerza de descripción.

—¡Cuántas locuras en París! Reuniones de decadentes, á las que asistían Collete, la marquesa de Belfort y otras muchas damas, y donde se alzaban las copas de champagne en medio del refinamiento del placer. La dorada bohemia que salía á la calle para entrar en las sombras de la noche en los barrios de los *apaches*, en las tabernas sombrías donde Mr. Marchene, un príncipe de sangre real, tocaba la guitarra ante un tablado, para ofrecer las monedas ganadas á un

hombretón de grandes mostachos, que le aplaudía con voz ronca y aguardentosa, y por el cual dejaba administrar su fortuna á un consejo de familia, sin curarse de la conducta que, protegida por las leyes, desplegaba su esposa.

¡Un escándalo!

María le escuchaba sonriendo, con la tolerancia de los que han vivido mucho y se sienten lo bastante fuertes para no temer al pecado.

Luis le mostró las joyas de que iba cubierto, todas testimonio del cariño de aquellos buenos camaradas. Pulseras caprichosas, riquísimas y artísticas sortijas... Un afiler con una esmeralda hueca que podía encerrar veneno como en los buenos tiempos de los nobles florentinos...

—Estas evocaciones me han puesto triste esta tarde, María. Nuestro Madrid es un villorrio donde todos nos conocemos y la gazmoñería impera... Todos los selectos huyen de aquí... No es posible tratarse más que con tal ó cual viejo ridículo, chulos... escritorzuelos hambrientos y toreros de menor cuantía... Todos explotadores... como *la Terrible*... que ahora está preso por escándalos. Allí me obsequiaban, aquí he de pagarles yo... Tenía un amigo ruso... rubio... blanco...

Le interrumpió María.

—No dió usted ayer el te.

—Sí, soporté á toda aquella gente que me devastaran la repostería. Usted no quiso ir

—No pude. ¿Quién hubo?

—Cuatro cursis... las de siempre... Esta vida es insoportable. Hoy he preferido quedarme en casa... Me envolví en un kimono, para sentir en mi cuerpo la caricia de la seda... he llenado la habitación de ramas de lilas, derramé sobre los muebles dos frascos de esencia de lilas blancas... y allí, con los portieres corridos, en una media luz de templo, tendido sobre la *chaise-longe*, he colocado al alcance de mi mano un cigarrillo turco, una taza de té humeante y un libro de Oscar Wilde... Después he mandado que me acercasen la caja de taracea en que guardo retratos y recuerdos... flores secas, pañuelos de encaje enranciados por el tiempo... y un zapatito de mujer.

—¿De mujer!

—Sí, no sea usted burlona. Yo, antes de ir á educarme en un colegio de jesuítas, he tenido también mi historia sentimental... guardo un lejano culto... No, María, no se ría, se lo ruego... me hace daño hoy... Mi alma es arpa templada al dolor y al arte... Tanto se ha agudizado mi sentimiento, que he tenido miedo de pedir que me acercasen un Browning... y he escapado para venir á buscar á usted.

—Quiere usted que pidamos el Browning los dos.

—Sigue usted burlándose.

—No. Me entristece su vida torturada. Es usted bueno, noble, artista... y yo siento el dolor de todas esas pobres vidas que se truncan... Hoy siento con usted el dolor de una juventud estéril... otros días, la amargura de un talento malogrado... ya la tristeza de todas las miserias... artistas jóvenes que luchan con la pobreza y caen destrozados, vencidos... ilusos que se aproximarán á las fuentes del arte, y se envene-

narán con unos anhelos de creación y gloria que no tienen fuerzas para realizar... idealistas que sacrificaran salud y amor en aras de una empresa humanitaria, noble, y al final ven lo inútil de sus esfuerzos...

—¿La creía á usted feliz... y frívola!

—¿Feliz! ¿Cómo serlo, cuando se respira el dolor de las miserias ajenas, de las injusticias, de los convencionalismos sociales que nos oprimen? ¿Feliz, sabiendo que existen seres que padecen hambre, que agonizan y mueren! No, feliz no. ¿Frívola? Sí. Es mejor dar la flor de nuestras almas á la frivolidad, que ahogarla en el ansia de destruirlo todo para que la tierra produzca otra humanidad más perfecta... que la materia que nosotros purificamos cree otros seres perfectos que no necesiten leyes, religión ni historia.

—Me asusta usted.

—¿No me había usted adivinado así?... Le sorprende mi actitud como á mí el hallazgo de un zapatito de mujer en su estuche de recuerdos. ¡Ay! Amigo mío, en el fondo de toda alma de artista existe un sagrario que encierra la custodia de un misterio santo... La conserva usted de antes de que su vida se invirtiera para su desdicha... yo, de antes de que mi espíritu quedase mutilado para la fe y el amor. Existencias estériles nos hacen hermanos;—y la nerviosa mano blanca de María respondió á la presión de la blanca y fofa mano de su compañero.

—¿Cuénteme usted la historia de ese dolor—murmuró él,—mi espíritu sabe sentirlo todo!

—Cuénteme usted la historia de ese zapatito de niña—musitó ella,—yo he vivido lo bastante para comprenderlo todo... y no escandalizarme de nada...

—¿Siente usted el desprecio de la tolerancia?

—No. La superioridad que otorga el perdón. Había anochecido, el paisaje quedaba velado por las sombras como por una de esas cortinas moradas con que la rapacidad de los sacristanes cubre las obras maestras de los altares; las estrellas lucían, hundidas en las profundidades del azul limpio y oscuro; de un lado de cornijas oculto en el hueco de la tapiz de un próximo jardín, salía el fatídico y oaco silbar de las aves, como una evocación de espíritus y trasgos; de seres nefastos, sombríos, monstruos abortados de la imaginación de los nombres, cuando concibieron el mal y la fealdad armonizándose con el tañer de las campanas de los vecinos conventos que doblaban por los muertos en su melancólico toque de ánimas.

Luis recitaba:

".....Volverá en el silencio de la hora quieta de los ensueños, á oírse la melodía de una canción".

María se aproximó á él, y unidos, con las manos juntas, empezó su confidencia, en voz muy baja, como el que teme proñanar algo querido que al llegar á otro ser va á dejar de pertenecerle por entero.

Y la confesión resonó solemne en la sombra del salón, en la soledad poblada de seres invisibles, envueltos en el penetrante aroma de las flores que subía desde el jardín con perfume



de noche, y en el silencio que sólo rompía el fatídico pjar de la corneja, ó la lúgubre campanada de algún templo católico.

III

—Parecerá paradójico—dijo Luis,—pero la época de mayor ajuro para mi familia fué la de más felicidad para mí: Bien es verdad que yo tenía los

16 años, la edad en que la maga juventud sabe poetizarlo todo.

Mi padre, con un esfuerzo supremo, me envió á estudiar á Madrid; mi madre, incapaz ahora de desempeñar el más ligero trabajo, preparó mi maleta de estudiante con sus finas manos aristocráticas; y yo vine á dar con mi caudal de ilusiones y de ensueños, una triste tarde de Septiembre, en una modesta casa de huéspedes de la calle de la Montera: 10 reales con principio.

Era preciso resignarse. Mi familia estaba arruinada. Mi abuela gastó espléndidamente sus cua-

renta millones, dejando en su quiebra un déficit, de seis millones, á modistos, peluqueros y perfumistas.

Nunca se borrará de mi memoria aquella figura. Yo la veía, cuando pequeñuelo, pasar envuelta siempre en áureas gasas, como las imágenes de los altares. Tenía una corte de soberana; la envidiaban las más hermosas, y le ofrendaban admiración los hombres más ilustres.

Forme usted juicio por la siguiente anécdota: Un día, el conde de Toreno, gobernador de Madrid, se jactaba de que aquel año haría observar la ley de veda. A la semana siguiente, Toreno recibió un billetito perfumado. Mi abuela le invitaba á comer, un verdadero banquete de 30 comensales; y desde el primer plato al último, todo el menú compuesto de perdices.

—*Vea, condesa—dijo el gobernador,—que ha puesto usted empeño en adquirir todas las perdices de Madrid, unas cuantas docenas, cosa no difícil, si se sacrifican las enjauladas que no sirven de reclamo.*

Mi abuela esnechaba sonriente; los criados vinieron á ofrecer, á Toreno, cestas llenas de perdices, millares.

Las había hecho venir de Francia, pasando la frontera entre encajes de vestidos preciosos...

Después, en la época de que hablamos, la pobre parálitica inspiraba lástima. Sentada en un sillón, cerca de la cama, vestida con los desechos del guardarropa de la hermana mayor; sin recibir una sola visita; borrada de la vida, se revolvió en amargura intensa, en crisis de desesperación y rabia, que le hacían arrojar cuantos objetos encontraba á mano, sobre los criados y los individuos de la familia, á la menor contrariedad. Recuerdo el día en que fué un notario á hacerle una notificación, y le abrió la cabeza de un tinterazo.

—Así es, María, que yo respiré tranquilo cuando me vi lejos de mi familia, libre de la atmósfera de hospital de mi casa. En mi hospedaje me mimaban; se le prestaban servicios á mi nombre, aunque éste no había de reportarles ningún beneficio. Todavía me parece estar viendo el obscuro comedor con la larga mesa guarnecida en el centro con un marchito ramo de flores. En torno nos sentábamos estudiantes, horteras, empleadillos de 5.000 reales, dos cómicos, que ganaban 15 duros al mes, y sólo daban en la casa diez por la privación de principio y el desayuno; una pensionista vieja, con aires de gran señora, y yo, que era el niño mimado de la casa.

La patrona, viuda de un brigadier, era una señora gorda y solemne; la única criada, una ex bailarina, que recorrió en los días de su juventud toda América y toda Europa, triunfalmente; había enamorado príncipes y banqueros; fué querida de un Rajá... Pero al final se dejó arruinar por un torero, hasta que ya vieja, aceptaba la servidumbre para ser criada como lo había sido su madre.

La infeliz movía con tanto trabajo su abultado vientre, que no se podían recordar sus antiguas piruetas. Sólo en los pintados labios y en la malicia de los ojos, revivían los restos de su existencia pasada.

Como un rayo de sol, era en aquella casa la presencia de Rosita, la sobrina de doña Remigia, una niña rubia, con rubio lunar y ojos con azul de noche de luna. Una figurina de biscuit, pálida, blanca, alargada, prerrafaelista.

Sin duda mi nombre fué seductor para la adorable niña. Ella, que huía de la presencia de los demás huéspedes, buscó mi compañía constantemente. Me entraba por las mañanas el desayuno, me acompañaba de noche durante las horas de estudio, haciendo su labor de encaje, silenciosa, frente á mí, cerca del brasero, que colocaba solícita en mi habitación. Cuando separaba los ojos fatigados del libro, iba á descansar en aquella cabellera lunar. Con frecuencia sentía iluminar mi rostro la luz azul de las divinas turquesas de sus ojos fijas en mí, mientras estudiaba.

Sólo por ella se me hacía soportable la estancia en aquella casa. Doña Remigia regañaba siempre con la criada á voces, y ros enterábamos todos los huéspedes de que ros pagaba su salario. A veces la cuestión acababa rompiendo la vajilla. La respetable brigadiera y la ex bailarina se disputaban el favor de los horteras, que tenían que intervenir con frecuencia en sus cuestiones. Se conocía la preferencia de que eran objeto en que se les servía primero y hasta los obsequiaba con café. Ellos, por su par-





te, se permitían mandar á voces y dar grandes portazos; no sin la protesta de la pensionista, cuyo loro se asustaba de aquellas intemperancias.

La hora más amarga era la de la comida. En ninguna parte se reúne tanto necio como en torno de la mesa de una casa de huéspedes. Todos discutan de política, de arte, de ciencia, sin pararse en nada. Los nombres más conocidos eran allí familiares. Paco Silvela, Mateo Sagasta, Pepe Echegaray; el que menos tenía un primo que se tuteaba con ellos.

Poco á poco, mi amistad con Rosita iba degenerando en un cariño dulce, acariciante. Yo estudiaba menos para mirar más el heno de su cabellera, y ella no adelantaba en su encaje. Las ma-

nos de marfil permanecían inactivas horas enteras, mientras me acariciaba la mirada azul.

Una mañana sentí sobre mi rostro, al despertar, un aura tibia, suave, perfumada. Muy cerca de mis ojos brillaban los ojos azules, los labios estaban cerca de los míos... Rodeé con los brazos el cuello de nieve y besé la boca delicada y fresca...

El haz de rizos rubios cayó deshecho en cascada de oro sobre la almohada, y sentí palpitar un seno de virgen sobre mi seno...

—Bésame tú, amor mío—le supliqué.

Un beso sencillo, casto, inocente, que refrescó mi sangre, cayó en mi boca, mientras su voz susurraba:

—¿Qué pensarás de mí? No sé negarme á tu cariño; pero, te lo juro... es el beso primero que le doy á un hombre.

Fuí caballero. María, respeté la inocencia de aquella criatura, que se alzó pura de mi lecho. Desde entonces, la escena se repetía todas las mañanas. Mi despertar era un beso de Rosa. Yo se los devolvía á millares, en los ojos, en las orejas, en las mejillas... el cuello... los senos... Confiada en mí, se tendía en el lecho, y mi carne juvenil sentía las palpitaciones de la carne virgen...

¡Qué felicidad!

“Ser grande, muy grande,
ser bueno, muy bueno,
pero entre tus brazos y sobre tu seno”

Un día, nuestro idilio fué interrumpido por Doña Remigia. Entró dando grandes voces, seguida de todos los huéspedes, de la ex bailarina... Un escándalo... Mi novia, encendida, se acurrucaba cerca de mí en el lecho, deshecha la cabellera y deshecho el traje.

—¡Pobre Luis!—interrumpió María.

—Es preciso confesar que mi actitud de tenorio en calzoncillos no era muy gentil. Sin embargo, yo juré, mientras me ponía la americana, que Rosa era inocente. Al ver la duda en todos los rostros tuve un arranque de trovador.

—¡Será mi esposa! ¡Respetad á la condesa!...

Se desmayó mi novia, se desmayó la tía, se desmayó la criada, y me abrazó la pensionista. Todos aquellos señores me dieron la mano llamándome cosas muy laudatorias. “Hombre honrado”, “hombre moderno”.

Desde entonces, Rosa y yo fuimos francamente novios. Yo llegué á desear el matrimonio para que me volvieran á despertar sus besos, pues Doña Remigia, convertida en cancerbero, no nos dejaba un momento solos.

Pero quien me despertó una mañana fué mi padre, que con voz dura, fuerte, sin dejar lugar á dudas, me ordenaba vestirme.

Salió con él sin saber adónde íbamos, y no volví allí más...

Inútil sería querer pintarle á usted mi desesperación en el colegio... Rosa era mi pensamiento constante... escaparme... escribirle... correr á su lado.

Sólo me consolaba la idea de que ella me amaba y me sabría esperar.

Lo que sigue es muy escabroso, María, no me atrevo á contar delante de una dama los misterios de un colegio de jesuitas... Baste decirle á usted que mis compañeros y los reverendos padres procuraban consolarme por todos los medios... Paseos, lecturas... dulzura femenil... Me despertaban cariciosos... y al fin...

—Sí, sí, Luis, no es preciso que continúe usted. Lo que me interesa es saber si volvió usted á ver á Rosita—atajó María.

—A los dos años de mi salida del colegio. Cuando después de la muerte de mi abuela ya mis padres habían logrado recobrar el esplendor de nuestra casa. Volvíamos á tener palacio, carruajes y, como es natural en estos casos, volvían los amigos...

Yo empezaba este género de vida que tanto escándalo produjo en torno mío. En el fondo de mi corazón siempre había un recuerdo para la niña que iluminó mi primer amor con el oro de sus cabellos.

Aquella tarde estaba yo en la puerta de Foros con otro amigo. Aburridos, con este cansancio de la vida ociosa, sin saber qué hacer. De pronto paró un coche ante nosotros. Salió por la ventanilla una cabeza de mujer rubia, con ancho sombrero negro, grandes plumas blancas, opulento boa y guantes cubiertos de sortijas y pulseras. Una elegante *cocota*, ya que hemos dado en denominar aquí también así á esas muchachas fáciles.

Nos llamó.

—¡Julio, Luis, acercaos!

¡Ella! ¡Encontrarla así! Me dió un golpe doloroso el corazón; pero venció la necesidad de ser hombre de mundo y me acerqué sonriendo como Julio.

—¡Rosa!

—No, Margarido, ahora soy Margarido... ¡Cuánto tiempo! ¡Rosita ya no existe!

Me pareció que había amargura en su voz y que hacía un esfuerzo para continuar alegremente.

—Venir conmigo. Esta noche estoy libre. Mi tirano se queda con su mujer, y Enrique no está en Madrid.

—¿De modo que ni el amante del corazón ni el necesario?—preguntó Julio.

Yo no me atrevía á hablar, recordaba las últimas entrevistas avergonzado.

Subimos al coche. Paseamos; la oía hablar como una música, sumido en tristes reflexiones. ¿Acaso de todas esas caídas de mujer no tenemos nosotros la culpa?

Al fin fuimos á cenar á casa de la Concha. Nos metimos en una de aquellas separaciones de madera desde las que se escuchan las orgías vecinas. Pedimos callos, chuletas, Rioja. Un menú canalla.

Julio y Margarido hablaban, reían se daban golpes. Mi antigua novia apuraba una tras otra copas de vino; la veía envuelta en una atmósfera de depravación, de degeneramiento... Y, sin embargo, mi fantasía seguía viendo, en torno de aquel rostro de virgen, el rubio de trigo para la hostia de su frente blanca.

—Pareces un pájaro *helao*—me dijo con voz avinada;—pues á fe que te has vuelto animado.

—Rosa—le contesté dominado por la influencia de aquella extraña sugestión romántica.—Rosa, perdóname. Acaso soy yo la causa de todo esto, de todas tus desdichas. ¡Pobre angel!

—¿Qué dices—me preguntó sorprendida?

—Acaso la excitación que yo desperté en ti fué aprovechada por algún miserable... Yo te abandoné entonces. ¡Tan hermosa! ¡Tan casta, tan pura!...

—No seas tonto—me interrumpió con una brutal carcajada.—Cuando yo te juraba que era el primer beso que le daba á un hombre. ¡Acababa de venir de mi pueblo y había dado á luz un muchacho!...

Y sin ver el espanto en mi rostro, sin escuchar el ruido de la estatua que se me rompía quebrándose el corazón, añadió.

—Mi tía Remigia quería casarme contigo porque decía que eras tonto... pero tú te empeñaste en hacer el bobo... y luego tu padre. ¡Hombre más listo!

Salió corriendo, sin despedirme.

Durante buen rato me persiguió una risa desvergonzada.

Después no he vuelto á ver más que á Margarido... le he hablado y todo... La ora no existe... quise ahogar su imagen en el suicidio del sentimiento. Mi Rosa ha muerto... Fero con ella todo amor femenino murió en mi alma. Soy discípulo fiel del convento de San Martín de la Adelfa.

Reinó un momento de silencio hasta que volvió á oírse la voz de María.

—¡Pobre Luis! Verdaderamente fué brusca para usted la caída del ideal; mas acaso...

—No siga usted. Sé lo que va á decirme. Mi ser estaba ya preparado á la degeneración. Lo creo... ¿Pero á qué luchar contra esas influencias? Me gusta en la vida cruzarme de brazos y dejarme llevar del instinto. ¿Para qué poner voluntad? ¿A qué luchar?

Que las olas no triagan, que las olas me lleven

Acaso por ese montón anónimo, que llamamos *gente*, que lo exige todo y que no haría por nosotros el más ligero sacrificio. ¿Consideración? ¿Gloria? Cuando en el concepto ajeno se funda, ¡qué abstracto y qué vano! Hizo una pausa y empezó á recitar:

Mi voluntad se ha muerto una noche de luna
en que era muy hermoso no pensar ni querer

Después siguió haciendo con viveza el cuadro de su vida. Se reunía con los jóvenes aquellos que se intitulaban bohemios, Pobres muchachos envenenados con locos anhelos de gloria.

La mayor parte de ellos tenía la idea de que para vencer era preciso hacer una vida canalesca, engañar á los amigos, ir sucios, padecer hambre. Confundían la miseria forzosa con la bohemia artística; y la ligereza atrevida del genio con las procacidades desvergonzadas.

Él iba, con aquel mundo de hampones, cómicos sin contrata y toreros de invierno, por los garitos de Madrid. Le divertía el escándalo. Encontraba cierto placer al contemplar el movimiento curioso de las infelices que dormían de bruceos en una mesa de las churrerías de los barrios bajos, al verlo entrar con sus deslumbrantes vestidos y su aspecto de gran señor.

Tenía placer en recorrer de noche todas aquellas calles pedregosas, estrechas, sucias de los barrios extremos, entre las sombras, viendo lucir en los girones del negro cielo madrileño, los escasos y pálido, luceros; era una evocación del Madrid viejo, y su complemento necesario aquellos muchachos rufianescos, medio borrachos, y las mujerzuelas desharrapadas que les acompañaban. Un cantar vinoso y una desvergüenza encajaban en el marco de aquella bohemia sin grandeza. Así encontraba luego placer en la comodidad de su perfumado lecho. La vida, para gozarla con toda plenitud, necesita los contrastes bruscos. Después de un baile de la de Ivanrey, ó de una cena de la de Squilache, aquellos bailes del Lírico y aquellas excursiones por los tugurios. A veces se reunía con los efebos en los salones de un gran modisto. Allí se celebraban las mayores orgías. Se ponían los jovencitos los trajes y los sombreros de las modelos, y simulaban bodas, bautizos y partos. ¡Qué fatalidad aborrecer á las mujeres como seres inferiores y complacerse en imitarlas!

Como viera un gesto de contrariedad en el rostro de María, añadió galante:

—Eso no reza con usted, ya sabe usted que me gusta tanto como *Bombita* por lo menos.

—No es eso, amigo mío, no es eso—repuso ella.—No tengo vanidad femenil. Es que no estoy conforme con sus teorías.

—Es usted idealista, porque no ha sufrido.

—Se equivoca usted, Luis, yo he sufrido... he visto también caer roto á mis pies el ideal. Pero he tenido fuerzas para cavar una tumba dentro de mi alma y encerrar en ella cuanto florecía en mi ser: deseos, esperanzas, alegrías. Lo he arrancado yo misma... Ya ve usted que con ése fardo dentro no se puede ser feliz... No tuve fuerzas para tirarlo lejos... Al fin la careta ajustada al rostro se convierte en la verdadera fisonomía.

—¿Entonces?

—Estoy muy lejos de usted. Convento en que el egoísmo es la fuente de todas las virtudes de la humanidad. Si somos buenos es por el placer que experimentamos al serlo. Si nos imponemos un sacrificio es por el goce que sentimos de realizarlo. Luis, cuando el egoísmo se reduce á ser feliz porque se hace la dicha de los demás, ese egoísmo es santo. Si se encierra en realizar todos nuestros caprichos, nuestras comodidades, nuestros vicios arrollándolo todo...

—¡María!

—Querido Luis, yo comprendo que se vaya con esos muchachos bohemios por el deseo de mejorar su situación. Comprendo el tipo del señorito que parte con el amigo pobre su pan y su techo. ¿Acaso entre todos esos jóvenes no habrá uno que se atreva á arder en su espíritu la llama del genio?

—No es fácil. El talento se impone.

—Sin embargo, siento por todos ellos una ternura infinita. ¡Querer ser artista es una aspiración tan noble! La única figura que envidio es la del Magnífico Médico, protegiendo á los artistas. Si yo fuese rica como una princesa tendría un palacio para todos esos soñadores... con talleres, museos... bosques inmensos. Si entre todos ellos lograba encontrar un solo genio, me consideraría feliz. Aunque los demás fracasaran.

—Eso, María, encierra una gran vanidad. Un deseo de inmortalizarse á costa ajena.

—No. Quien dijo artista, dijo ingrato. No esperaría jamás gratitud. Pero el siglo que produce un artista es un siglo feliz. Realiza la misión sin la cual la humanidad no tendría razón de existir.

—¡Loca!

—Pero, cree usted que si no viviéramos más que para comer, trabajar y realizar funciones animales, ¿valdría la pena de que la tierra nos sustentara?

—Es usted una idealista que habrá de sufrir mucho si sigue así.

—No. Yo levanto estatuas; formo caballeros y emperadores en el reino de mis ensueños, y me entretengo en derribarlos después... Pero no sufro. ¿Por qué? Veo el mecanismo de mi juego. Nosotros ya no lloramos en el teatro, Luis, eso se queda para los paletos que creen verdadera la representación. Hace tiempo que vemos la vida entre bastidores.



—¿Qué interesante debe ser la suya! Me ha ofrecido usted contármela.

—¿Para qué? Es muy vulgar. Un matrimonio como todos. Creyendo amar cuando aun no se sabe lo que es amor... Después la viudez... la necesidad de trabajar... el deslumbramiento del arte y las amarguras y alegrías que proporciona.

—De eso no puede usted quejarse, ha sido aplaudida en todos los teatros del mundo.

—Sí, lo confieso... conseguí más de lo que esperaba... quizás más de lo que quería.

—Lo que nadie se explica es su retirada del teatro en plena gloria.

—Coquetaría femenina, amigo mío. No recuerda usted el caso de la bella Julieta Recamier, encerrándose en vida en los salones de su palacio como en los muros de una tumba. Nadie vió marchitarse la belleza de aquel rostro ideal; se condenó á muerte prematura para hacer vivir un recuerdo. Yo no llego á tanto, no lo sacrifico todo, pero los que me han oído en plena juventud no verán mi decadencia.

—Ha sido demasiado previsora. ¡Tan joven aún!

—Es que el triunfo, después de alcanzado no me lisonjea. Sus ecos resuenan en mi corazón vacío... En todo aplauso se me dan ecos de odio,

de envidia. A cambio del éxito nos dan marmuraciones, calumnias.

—Se levanta el corazón sobre ellas.

—Sí, pero ¡cómo duele ver una humildad tan mezquina!

—¿Por qué no se casa usted?

—No se puede ser adaptable al hogar después de la costumbre de una libertad absoluta. Temería hacer desgraciado al que me amase. ¡Me inspiran tanto respeto las almas! Además, Luis, cree usted que el placer del amor es el sentirlo; por eso nos engañamos tantas veces creyendo amar.

—¿No ha querido usted nunca?

—¿Qué sé yo? Por lo menos lo he ensalado á veces... Pero ¡tiene mucecas tan raras la vida! Los que por su alma, su talento, su dulzura hubieran podido amar con el suave amor que yo concebí, eran aquellos de que me separaba un imposible... Los otros... unos no me inspiraban confianza para dar suelta á mi simpatía; los que tal vez eran los sinceros, no llegaban á despertarla.

—¿Y ese amor, ese sagrado de que usted hablaba antes?

—Era también un sueño. La vida del artista suele ser flor de ensueño. Por lo menos éste tiene de grato que no he despertado aún. No dejó en pos suyo dolor ni engaño...

—Cuéntemelo usted.

—Yo he estado enamorada de una voz... es ese el recuerdo y el secreto de mi vida. No crea usted que se trata de un compañero, de un gran cantante... No. Fue un amigo que vive en Venecia durante mi contrata en aquella ciudad. Era un joven español, y la nacionalidad en tierra extraña nos acercó. Bien pronto hubo entre nosotros una franca amistad de camaradas; nos lo contábamos todo, coincidiendo en una rara afinidad de pensamiento. Pero lo que yo amaba de él era la voz. La distinguía entre los miles de espectadores que me vitoreaban. Encontraba más dulzura en oírle conversar que en la partitura predilecta. Muchas noches, cuando recorriamos en góndola los ríos venecianos (calles de agua), y le escuchaba hablarme de la tierra española, bajo el manto de la noche, al compás dulce del remo que chapoteaba en el agua, encontraba pobre la orquesta y la decoración del teatro.

En aquella voz había algo de maleficio. Se tendía, se retorció, se plegaba. A veces le sentía dar vueltas en torno mío y envolverme en un abrazo cálido. En ocasiones parecía un haz de rayos luminosos penetrando entre la carne de un modo punzante, para dejarme besos en los ojos y en los labios. Sentía un dulce desmayo, ganas de dormir, de tenderme sobre la honda, materializada de aquella voz de caricia. Sus notas cálidas, metálicas sabían conmover las entrañas; sus acentos graves, puros, de órgano sagrado, arrullaban dulcemente y parecían dilatar el alma llevando en sus vibraciones un incienso de idealidad hacia el infinito. Era como si lo más noble de nuestro ser pudiera alejarse, crecer, volar... Una voz capaz de iluminar las tinieblas ó envolver en la sombra... de traspasar la divisoria del ser y del no ser... De penetrar en la eternidad para limitarla... Seres alados revoloteaban en torno mío. Al encanto de aquella voz perversa y acariciante,

Se desplomaban las paredes de mi gabinete, y enredada en la red sutil de su acento de salmodia maldita, pasaban ante mí paisajes de ensueño. Mujeres pálidas, de grandes ojeras azules y ojos verdes, infernales, cambiantes como las llamas de gasa del alcohol; en jardines de lirios negros, bajo un cielo tan bello que era feo el cielo de Italia y mezquinos sus astros. Aquel era un cielo de polvo de brillantes, lechoso, sideral, iluminado por una gran luna color violeta... y luego... más allá... un sol rojo de sangre iluminaba bosques extraños: crisantemas blancas, sagradas flores de loto; esbeltas varas de lis y morados florones de cardencha... A la orilla de los lagos crecían cañales y juncos... Una brisa sutil agitaba la hojarasca con rumor de faldas y de abanicos de seda... se balanceaban majestuosamente los blancos racimos de cañaveral, y los enanitos y gnomos de sus núcos venían á susurrar en mis oídos vagas historias de amor...

Si la voz se entristecía galopaba por un desierto arenal una cabalgata de caballeros con escudos negros... Su acento de ira provocaba un combate, un chocar de armaduras y crujir de huesos: á un gemido de dolor respondía el eco de los sollozos de todos los tristes... Una ronca nota de ira y venganza convulsionaba la Naturaleza... montañas de olas, retemblar de truenos, zig-zag de rayo... convulsiones de la tierra y hogueras de volcán...

Después se tendía, se serenaba, y mi alma corría con ella las praderas lisas, blancas, blancas de nieve, muy blancas... y los triguales rubios... rubios... con oor de mies madura... Aquella voz era todo un universo. Yo amaba aquella voz.

Cuando sus notas todas caían como una cascada, yo murmuraba, á pesar mío, la terrible lección del mal de Remy de Gourmont:

“Bendecida sea tu boca, porque el adulterio encierra”

y mis pobres labios se estremecían sedientos.

¿Cómo era él?

No sabría decirlo. Unos ojos negros, grandes, juguetones y maliciosos, que sabían rimar con la voz, perder con ella la mirada, ó posarse con sensación de caricia y ensueño sobre todo lo que miraban... Una cabellera negra, negra, de reflejos de acero... No sé más... Una cabellera negra, unos ojos negros... y una voz. No sé más.

¿Le amaba?

No sé.

¿Me amaba él?

No pude saberlo...

María dejó caer la cabeza sobre el pecho. En la soledad del salón, en el perfume de las flores del jardín creía percibir la voz que acababa de evocar.

Luis estaba emocionado.

—¿No se amaron ustedes—preguntó al fin.

—No.

—Es extraño.

—Escuche usted la verdad de todo. Ya le he dicho que nos unía una confianza ilimitada. El me sabía frívola, incapaz de amar, envenenada con todos estos ensueños de artistas que nos disgustan de la vida real, y nos apartan de lo verdadero para perseguir una quimera. Su voluntad era sin duda la de no amarme. Yo le quería de-

masiado para correr el riesgo de engañarle. Mi voluntad era de no amarlo... Sin embargo... Aquella tarde la lluvia azotaba los cristales del balcón, y las gotas de agua se quebraban en pedazos sobre ellos. El leía... Me leía á Haine, mi poeta favorito

“Los dos nos quedaremos en la tumba;
yo yaceré en tus brazos”.

Tenía entre la suya mi mano. ¿Cómo? No sé...

Se cerraron mis ojos y el universo se reconcentró en la armonía de aquella voz... Caía la lluvia toda en mi alma, se hinchaba, florecía, germinaba en otra vida completa... Sonrisas... flores... Aquello debía ser amor.

¿Por qué fui cobarde?

¿Por qué no le dije lo que pasaba en mi alma?

¿Por qué guardé silencio?

Acaso por seguir escuchando aquella plegaria de su acento, que se me liaba al cuerpo con la misma sensación que si estuviese acostada sobre pétalos de jazmín

Al cerrar los ojos, una lluvia de besos cayó sobre mi rostro, mi garganta, mis ojos... Sus labios ardientes parecían fríos en el calor de mi carne abrasada. No tenía fuerza para rechazar aquella caricia suave que se apoderaba del ser entero envolviéndolo como agua de baño y que no despertaba en el espíritu un deseo sensual. Se adormía el cuerpo, se adormían los sentidos en una embriaguez dulce... dulce... ¡Qué hermoso sería no pensar...! ¡No tener voluntad!... El alma toda se inflamaba en un fermento de pasión, y mientras los brazos pugnaban por tenderse y hervían los besos en los labios, se apagó en la garganta el grito hermoso de la pasión: “¡Cuánto lo quiero!”, para que el pensamiento rompiera el encanto, musitando, razonador: ¿Le querré mañana?”

¡Maldita razón! ¡Maldito análisis!... Todas las músicas cesaron. ¡Ya no las oíré más!... ¡Mis ojos no volvieron á contemplar jamás aquellos mundos extraños adonde me había transportado su voz... ¡Cuando la volví á oír ya no tenía su acento de maleficio! Me tendió la mano y se fué...

¡Oh! ¡El encanto de aquella voz pura y perversa á un tiempo mismo! ¿Dónde lo volveré á encontrar? ¿Será á la orilla de la playa? ¿Será en la corriente de los ríos? ¿La hallaré acaso en el eco de los montes? ¿En el estruendo de una batalla? ¿La oíré en el silencio de los campos ó en la voz augusta de la tempestad?

¡Su voz! ¡Sus ojos negros! ¡Su cabellera negra! ¡Oh! La sed de amor sólo se apaga en el agua del río sagrado, ante cuya corriente la sentimos por primera vez. El encanto de aquella voz sólo puedo beberlo sobre sus labios... ¡y dejé secarse el manantial que me lo ofrecía!

¡Pobre alma cobarde que no tuvo fuerza para llegar hasta el amor! Mi castigo será el peso de un anhelo siempre vivo y jamás satisfecho... Es justo retorcerse en un infierno cuando el cerebro niega la entrada en el cielo del amor.

Después he buscado en vano, entre todas las armonías, el encanto de aquella voz. La he oído sólo resonar dentro del alma encendida en el anhelar de lo imposible.

“Locura de amor me prende, dulce amor”.

¡Oh! ¡El encanto de mi voz amada!
¡Su voz!

Al sollozo que apagó la última palabra de María, respondió la cadencia del acento de Luis; continuando la poesía comenzada por ella:

Jamás de un amor logrado
se vieron las maravillas.
Dura suerte;
el amor está sentado
sobre las duras rodillas
de la muerte

Le besó con ternura la mano, y enjugó con el perfumado pañuelo la lágrima que iluminaba los ojos verdes, temblando entre las pestañas de oro. Sacudió ella con rebeldía los rizos metálicos de su cabecita.

—¡Qué locura hablar de todo esto—dijo.

—¿Locura? No. ¿Por qué, si reconocemos dónde está la verdad, no ir á ella?

—Es tarde, Luis. La realidad nos cansaría. Necesitamos la mentira. Es preciso aturdirse, aunque este aturdimiento sea suicida.

Dominó en el vizconde el deseo de la frase oportuna.

—¿Y qué es la verdad, María?

Guardaron silencio un instante, y luego, mientras la razón formulaba:

—Es preciso ser fuertes.

—Es preciso rehacer la vida.

Sus labios, como si tuviesen miedo de oír la y prisa de hacerla callar, murmuraron á un tiempo mismo:

—Es preciso ser artistas.

—Ser bohemios.

María hizo sonar un timbre. Un momento después, los criados encendían las luces del salón. La claridad mató la sinceridad del sentimiento, desbordado poco antes.

—¿Quiere usted venir al baile de la Zarzuela esta noche?—preguntó Luis;— nos acompañarán *Manon* y *Manolo*.

Como viera vacilar á María, continuó:

—¿Va usted á tener reparos de burguesa?

—Iremos, iremos...—repuso ella decidida...—y me quitaré el antifaz para dar á nuestros amigos el placer de que tengan algo que criticar.

—*Epataremos* á los burgueses—siguió él;— destaparemos champagne.

—Yo no bebo, pero me fingiré borracha... verá cómo lo hago bien...

—La tomarán á usted por amante de *Manolo*.

—¡Qué importa, con tal de que él sepa que no es cierto!...

—Pero no dejará de darse tono.

—Señal que valgo mucho cuando puedo servirle de eso. Los hombres son más vanidosos que nosotras, y es preciso disculparlos. Se lo hacemos creer.

Y así diciendo, entró en el tocador para envolverse en el mantón de Manila.

—Está usted guapísima—dijo Luis asomando la cabeza entre las cortinas.

Miró ella al espejo para confirmar la lisonja, y por un momento se puso seria. ¿De qué le servía la belleza? Tuvo la visión exacta de la locura, de la perversión de su carácter, del de Luis, del de todos los desequilibrados con lecturas malsanas y anhelos imposibles; y pensando en aquel amor

presentido que alboró un día en su alma, murmuró con amargura:

—Ni yo tuve voluntad de regenerarme, ni él quiso prestarme ayuda...

Sintió un movimiento de rencor y odio contra el egoísmo ó la cobardía del que pudo salvarla, y encogiéndose de hombros, con un gesto, mezcla de desprecio, indiferencia y resignación, se cogió del brazo de Luis, diciendo:

—¡Cuánto nos vamos á divertir!

NUEVE AÑOS DESPUÉS

La tarde, fría, dejaba caer su desolación sobre la arboleda de la Moncloa. El viejo solar madrileño parecía estremecerse, aterido con la impresión de la deshecha capa de nieve, y el cielo gris, plomizo, con tonos violeta, rimaba en la coloración de amarillo y bronce de las hojas caedizas, el rojo vivo de los árboles de Pascua y toda la gama verde de palmeras y arbustos de hoja permanente.

María caminaba sola, envuelta en su abrigo de pieles; los delicados pies se hundían en la alfombra de hojas marchitas sobre la tierra mojada, bajo la bóveda sombría de los altos árboles, absorbida en recuerdos y en ensueños. Veía pasar, sin fijar la atención en ellas, algunas damas de riguroso luto, algún hombre solitario y meditabundo, y de vez en cuando, una pareja amorosa, muy juntos, pisando despacio y hablando bajito. Por el cercano paseo de coches cruzaban cerrados landós conduciendo venerables parejas, ó algún simón, donde un provinciano paseaba sus admiraciones.

Oyó unos pasos lentos detrás de ella. Alguien paseaba recitando.

"Yo soy aquel que ayer no más leía
El verso azul y la canción profana".

—¡Luis!

—¡María!

¡Nueve años que no se habían visto!

Se estrecharon en afectuoso abrazo.

—¿Cuándo ha venido usted?—preguntó ella.

—Hace dos días. No sé su nuevo domicilio—repuso él.

—Yo ignoraba el paradero de usted para comunicárselo. ¡Han pasado tantas cosas!—añadió María.

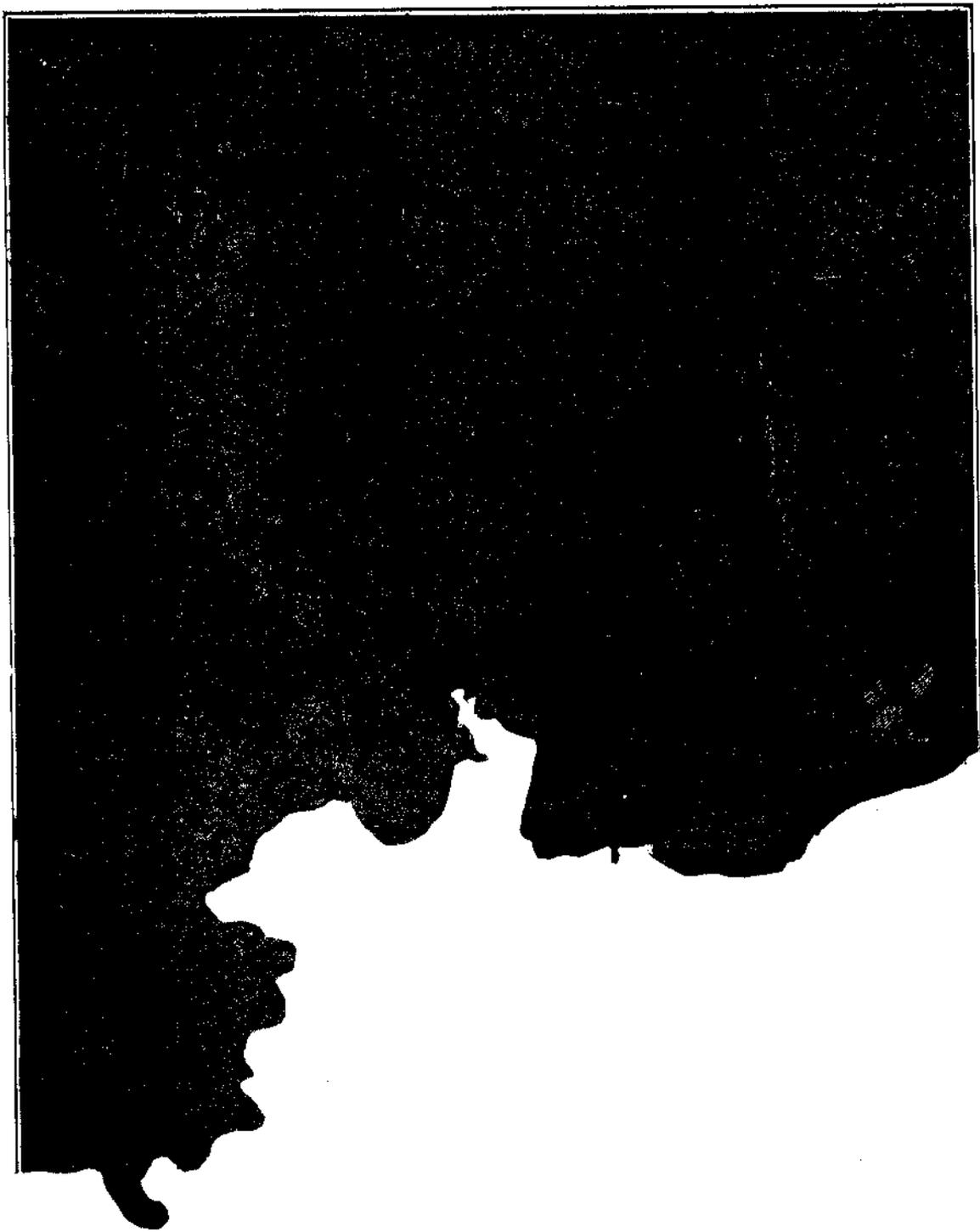
—¡Cuénteme usted!

—Dígame antes qué ha sido de su vida en tan larga ausencia.

—Mucho y nada. Cansado de sportar luchas sordas con mi familia, murmuraciones de todo el mundo, desengaños de los que se decían mis amigos y que sólo me tomaban como escalera de sus ambiciones, siendo los primeros en desprestigiar-me: asqueado de toda la canalla... hice un punto en mi vida y escapé fuera de España.

—¡Bien hecho!

—En mis viajes, sólo, libre, me he divertido mucho, mucho... Hasta el hastío... He pensado que ya se habrán olvidado de mis locuras, que puedo hacer vida nueva, y vuelvo á Madrid, con la nostalgia de todos los madrileños, ávido de



respirar en nuestra Moncloa, de ver la Puerta del Sol y la Cibeles... No hay como Madrid en el mundo. Las demás ciudades sirven para pasar una temporada, en Madrid, la vida... Ahora vengo decidido á ser hombre formal. Iré á Palacio, cultivaré amistades serias. Cada hombre tiene su precio, y si me saben comprar me convertiré en una persona decente. Pero ¿y usted?

—Yo, como siempre, amigo mío, no he salido de aquí más que para ir á algún balneario de moda. Lo vulgar, lo frívolo.

—¿Y el palacio para los artistas?

Rió María.

—¿Quién piensa en eso!

—¡Cómo!

—Me he convencido de que no se puede gene-

ralizar. *Los artistas, los militares, los comerciantes.* No. Es preciso individualizar. En todas partes hay personas buenas mientras no queremos envolverlas en lo genérico.

—¿Y qué ha sido de nuestros amigos? Anoche estuve en el Café de Levante. Vi la concurrencia de siempre. Un pianista tocando, mecánicamente, música de Wagner; los camareros dormitando perezosos en torno de una mesa; los mismos melencidos librándose del frío en aquel ambiente, y las mismas tertulias donde se habla alto, se destrozan reputaciones, y algún artista mediocre se erige en cacique de una pequeña corte; pero no vi á ninguno de nuestros amigos. ¿Qué ha sido de ellos?

—No recuerdo bien; he dejado de ver á la mayoría.

—Fernando, aquel que tenía un carácter tan atrabiliario.

—Ese sentó plaza, y porque estuvo unos días en un campamento, vino convertido en héroe, como antes lo estaba en genio. ¡Insoportable! Acabó en regente de imprenta.

—¿Y el autor de Flérida?

—Ha puesto una tienda de paños.

—¿Y Pepito Alemán? Aquel pálido, ojeroso, reblandecido, con tupé.

—Ese hizo suerte gracias á una bailarina á la que protegía un viejo aristócrata, fué un delicioso *menage á trois*. Triunfó.

—¡Cómo! Me sorprende usted. No me parecía muchacho de gran talento.

—Le ha valido la poca vergüenza y hoy ocupa un alto puesto.

—¿En la literatura?

—No, en correos.

—¿Y Rafael, el poeta?

—Se casó con una hija de un zapatero y está al frente de la tienda.

—Entonces. ¿Quiénes han triunfado?

—Eduardo que, despojado de sus rebeldías, sigue las huellas de Grilo cantando bodas y bautismos, y lee poesías en Palacio; el cronista de salones Ernesto, que hoy es crítico de arte.

—¿Me asombra usted!

—El novelista crótico...

—¿Pero cómo llega esa gente?

—Los primeros á fuerza de arrastrarse, el último adulando las malas pasiones del público. Pero después de todo, ¿á qué llegan? Unos á tener la fama hecha por los periódicos, poco consistente; otros á asegurar el cocido... modestito... Después de todo acaso tengan razón. ¿Qué es la gloria? Que todos los necios sepan que existimos. Cuando yo cantaba, al principio, en los días de ilusión, me sentía entristecida cuando al ir á comprarme un traje ó un sombrero el modisto permanecía indiferente al entregarle la tarjeta. Después... llegué á la gloria. Me conocían todos los carboneros y comerciantes de ultramarinos... Si llego á la inmortalidad, dentro de algunos siglos perdurará mi recuerdo... ¡Qué dicha! ¿No cree usted que eso merece sacrificar toda la felicidad de la existencia?

—¡Ah! María, me hace daño oírle expresarse así. ¿Qué desgarramiento hay en su alma!

—No, amigo mío, es que la verdad es amarga siempre. Yo fui de esos pobres envenenados por

el arte, y al final veo que no he vivido... No, no, no sufro—añadió atajando la respuesta.—Las cosas hay que tomarlas como son.

—¿Y el hombre de aquella historia...?

—No he vuelto á verlo. ¿Para qué? Yo he leído en alguna parte: “El amor más grande es aquel del que sólo tenemos el presentimiento; el que nos produce la misma dulce y vaga emoción que deben sentir los viajeros que navegar siguiendo la corriente de los ríos sagrados... cuando la brisa de la noche trae hasta ellos el aroma de las flores invisibles... de los jardines que no descubrirán jamás... El amor es tan bello y tan frágil como la flor del almendro... Al tocarlo se marchita y muere”.

—¿De modo que renuncia usted en definitiva al amor?

—No se renuncia á lo que no se tiene. He estado siempre al borde del amor, jamás llegué á él... ¿Idealismos? ¿Cobardía? No sé. Sólo puedo afirmar que por lo frívolo y lo banal dejé de formar un hogar feliz... Hoy ya es tarde

—¡Pobre María!

—No lo deploro. ¡Hay tantas cosas que nos hacen grata la existencia! La vida es de un agrado encantador para quien sabe no abusar de los agrios... Deseo ser en la ancianidad como esas damas inglesas que viajan constantemente. Paisajes nuevos, museos; escuchar las nuevas partituras... recorrer todos los países... La vejez es sólo terrible para las pobres españolas que se encierran al lado del fuego á engordar rezando el rosario y tomando pectorales. Por eso se defienden tanto. ¿Recuerda usted á la señora de la Llanura?, aun sigue pintándose como hace diez años. Vista á través del velo, con los ojos rodeados de negro, parece el dos de oros.

—La vejez, María, es obra de la juventud; se labora desde que nacemos. Como ha sido la vida, así es la ancianidad. La de usted será encantadora. Pero dígame, y de las otras amigas: la marquesa, la escritora feminista... la..

—No sé de ellas... no las veo...

—No me extraña, entre mujeres es corriente no conservar la amistad, y usted que con nosotros padece casi una poliandria espiritual en un cariño puro y sencillo, incomprendido del vulgo, no se lleva bien con las de su sexo; sin embargo, me consta lo que muchas le deben.

—¡Bah, no hablemos de eso... ya ve usted lo que dice Zamacois, “La ingratitud es sagrada”.

—Pero volviendo á lo que hablábamos antes, María, ¿cree usted que en toda esta generación no existe un solo artista?

—No es eso. Es que van extraviados. Son como niños que quieren empezar á correr sin andadores... Se quedan zambos. Yo tengo fe en algunos de ellos; pero no en los que pertenecen á esa bohemia canallesca, ni en los genios improvisados, sino en los jóvenes sensatos que leen, trabajan y estudian.

—Dígame usted ¿y de todos aquellos muchachos pintores, escultores y músicos que iban á mis antiguos tes. Aquellos Donatelos y Vincis en miniatura?

—Se destruyeron todos, amigo mío.

—Ella empezó entonces á narrarle á Luis las tristezas de aquellas vidas envenenadas por el arte,

que tan bien conocía. Venían todos aquellos muchachos desvanecidos por los elogios de los parientes á sus primeras gracias, deslumbrados por las leyendas de un Salvator Rosa, dejando las comodidades saludables de la casa provinciana, la vida de la abuela, para pasar hambre y miseria en el ambiente de Madrid. Este ambiente les envenenaba, querían hacerse notar á toda costa. No tenían paciencia para estudiar y trabajar, produciendo una gran obra; era preciso ser un genio infantil. Miguel Angel pintando su mejor obra á los 70 años... no se comprendía.

Creían las extravagancias, el camino del arte, las largas melenas, los trajes estrambóticos, el encanallamiento moral; Murger les había hecho mucho daño. Hablar de todo sin estudiar nada, destrozando reputaciones, soñar con un arte nuevo de desquiciamiento, sin base, sin realidad, abominando la Naturaleza.

Algunos traían miserables pensiones, que gastaban en vicios. Se creían Petronios en miniatura en sus orgías baratas, en las cuales tomaban hachich mezclado con caldo de aceitunas. Por eso eran geniales y miraban con desprecio al hortera, al joven modesto y á los compañeros que trabajaban y producían.

Los periódicos no eran justos más que cuando á fuerza de mendigarles lograban que se ocuparan de ellos. Ser una primera medalla en una exposición era deshonoroso; no habría artistas hasta que ellos vinieran. Entre tanto, el tiempo pasaba, sin hacer ninguna obra, en la vida fácil del café.

Vivían muriendo, sin dinero, sin comer. Algunas veces se remian cuatro ó cinco en un estudio sucio, donde les acompañaban muchachuelos fáciles, y comían á escote con un presupuesto de dos reales por persona. Conoció á un poeta que se alimentaba de galletas y piñones de girasol. Todos ellos enfermaban, se destruían en plena juventud con los vicios y la mala alimentación. Alguno que pudiera haber sido un artista

grande se anulaba en esta consunción, en este desequilibrio físico. Soñaban con su celebridad futura, con el día que su biografía de grandes artistas se avalorara con las anécdotas de su miseria, que serían entonces geniales; pero no trabajaban por conseguir el triunfo. Preferían aquella existencia á la tranquila de su pueblo, donde podrían trabajar, comer, gozar el dulce cariño de la familia y de la delicada ternura de la novia provinciana. Se hacían ingratos, crueles, desdiciendo los afectos puros en el ensueño de placeres y perversiones. Influidos por el espíritu de Bodelaire y de Lorraine.

¡ Pobres locos, envenenados en un ambiente de arte que no supieron comprender, destrozando sus vidas é inadaptables para el hogar.

¡ Mariposas de oro quemando sus alas en un fuego maldito, sin conocer la verdadera luz del ideal!

Oponía á sus odios una piedad infinita.

La oía Luis conmovido, él conocía también aquélla. La tristeza de tantas vidas truncadas y fuera de la realidad: Como las suyas mismas. Mientras hablaban, el manto de la noche les había ido envolviendo; una noche fría, pesante, húmeda; la niebla les calaba al través de sus abrigo de piel.

Se dirigieron al sitio en que les esperaban los coches. María subió en el suyo; Luis le apretó la mano conmovido.

—Yo iré á ver á usted, María. Ahora es preciso pensar seriamente en la vida. No sea niña, é imíteme. Me dejaré convencer por mi madre, intrigaré en palacio, en política, escribiré obras graves, un tanto neas... si me compran en lo que me tengo tasado... me casaré.

Y como viera una sonrisa en labios de su amiga, evocadora de sus costumbres y aficiones, añadió imperturbable, mientras cerraba la portezuela.

—¡ Oh! Precisamente por eso... ¡ Estoy en las mejores condiciones! ¡ Yo seré el marido modelo!

Carmen de Burgos
"Colombine"

B. Dip. Almería

AL-821-BUR-ven



1002714

IMPRESA CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA
DE ALREDEDOR DEL MUNDO. CAÑOS 4

Los Contemporáneos

Revista semanal ilustrada

Publica en su número próximo

MAL DE OJO

Novela de MANUEL DE MENDÍVIL

AGUAS DE CESTONA

HEPATICOS

De venta: Plaza del Angel, 18 y farmacias y droguerías. Precio, 1.25 pesetas

FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA

PRECIO FIJO 12, CAPELLANES, 12 PRECIO FIJO

EN BUENOS AIRES

recibe Los Contemporáneos D. CAMILO VILLARÓ
LIBRERÍA DE LA CONCEPCIÓN
Calle Buen Orden, núm. 945.

Atiende pedidos para la ciudad y provincias

Tapas é Indices de ALREDEDOR DEL MUNDO

Están á la venta para todos los tomos.

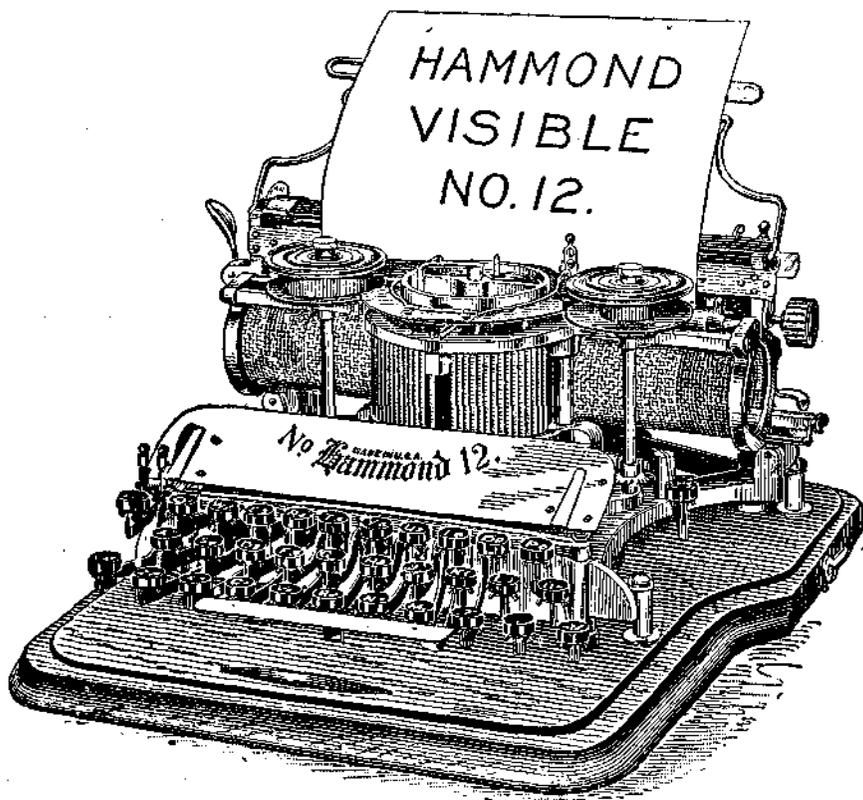
LOS CONTEMPORÁNEOS

NÚMEROS PUBLICADOS

1. "EL LOBO".—Novela de Joaquín Dicenta.
2. QUERER Y NO QUERER.—Novela de Manuel Linares Rivas.
3. ROSAS MÍSTICAS.—Novela de Francisco Acebal.
4. AMOR PROHIBIDO.—Novela de Alberto Insúa.
5. LA PALMA ROTA.—Novela de Gabriel Miró.
6. EL CINICO.—Novela de Felipe Trigo.
7. EL DUENDE.—Novela de E. Ramírez-Angel.
8. ALMA CANSADA.—Novela de José Francés.
9. LA PASIÓN DE MR. CASTLE.—Novela de Eduardo Marquina.
10. HUMO DE HOGAR.—Novela de Miguel A. Ródenas.
11. EL PATIO AZUL.—Idilio dramático de Santiago Rusiñol.
12. BOHEMIA TRISTE.—Novela de Antonio de Hoyos y Vinent.
13. CIUDAD MUERTA.—Novela de Pablo Parellada.
14. LA APARCERA.—Novela de José Jesús García.
15. FINAFROL.—Novela de la Condesa de Pardo Bazán.
16. ...NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN.—Novela de Alejandro Larrubiera.
17. EL PEQUEÑO EDISON.—Novela de Antonio Zozaya.
18. VERANO SENTIMENTAL.—Novela de Rafael Leyda.
19. LA SELVA MUDA.—Novela de G. Martínez Sierra.
20. EL SECRETO DE LA VIDA.—Novela de Eduardo Marquina.
21. ROSARIO.—Novela de Francisco F. Villegas (Zeda).
22. LLANURA.—Novela de Francisco Antón.
23. MI PRIMA ME ODIÓ.—Novela de Felipe Trigo.
24. EL HIJO SANTO.—Novela de Gabriel Miró.
25. RICK.—Novela de Eduardo Zamacois.
26. DE MI VIDA Y MILAGROS.—Novela de Luis Bonafoux.
27. SONREÍA.—Novela de Ramón Pérez de Ayala.
28. EL SINO.—Novela de Joaquín Dicenta.
29. GEORGICA.—Novela de Javier Valcarlos.
30. EL CAMINO DE SANTIAGO.—Novela de Prudencio Canitrot.
31. PAQUITO CANDIL.—Novela de Pedro de Répide.
32. LOS GUSANOS.—Novela de Silverio Lanza.
33. LA REBOLLEDO.—Novela de José de Lasserre.
34. ENRIQUE Y EL ALMA DE ENRIQUE.—Novela de Manuel Linares Rivas.
35. EN COCHE DE PLATA.—Novela de Augusto Martínez Olmedilla.
36. ASI PAGA EL DIABLO.—Novela de Felipe Trigo.
37. IDOS Y MUERTOS.—Páginas autobiográficas de Joaquín Dicenta.
38. MANDRAGORA.—Novela de Antonio de Hoyos y Vinent.
39. LOS OJOS FRIOS.—Novela de Eduardo Zamacois.
40. EL SALVAJE.—Novela de Salvador Rueda.
41. SARA LA LOCA.—Novela de Manuel de Mendivil.
42. EL PRIMER ACTOR.—Novela de José Francos Rodríguez.
43. LA NOCHE GRANDE.—Novela de Antonio Zozaya.
44. JOSE "El Cabezota".—Novela de Eduardo Muñoz.
45. COSAS DE MI VIDA.—Páginas autobiográficas de Ceferino Palencia.
46. EL REDENTOR.—Novela de José Francés.
47. EL CULPABLE.—Novela de Andrés González-Blanco.
48. AMORES DE ANTON HERNANDO.—Novela de Gabriel Miró.
49. LA VISITA AL PARAISO.—Novela de Mauricio López Roberts.
50. LA MIRAFLORES.—Novela de Arturo Reyes.
51. LA VIUDITA GALLEGA.—Novela de F. Serrano de la Pedrosa.
52. LA TORERÍA.—Novela de Antonio de Hoyos y Vinent.
53. LA CAÍDA.—Novela de Eduardo Zamacois.
54. LOS DIABLOS AZULES.—Novela de Blanca de los Ríos de Lampérez.
55. LA SIMA DEL MISTERIO.—Novela de Arturo Gómez-Lobo.
56. CASTILLOS EN ESPAÑA.—Novela de Rafael Leyda.

1902 y

LAS MÁQUINAS DE ESCRIBIR



HAMMOND

son las más sólidas, de más resistencia y
más perfeccionadas de cuantas existen

Escritura completamente a la vista - Cinta de dos colores - Cambio instantáneo de carácter de letra e idioma - Las únicas con tecla de retroceso - Las únicas que no pueden desalinearse - Las únicas de impresión automática

Ventas al contado y a plazos

Agente concesionario: **Ramiro García Suárez**
Madrid: **Victoria, 4.** - Barcelona: **Fernando, 49**

Imprenta Científica y Artística de AR-
REDEDOR DEL MUNDO, Caños 4, Madrid.